

sta para su salvacion y en el tiempo de su vida...
de la vida eterna...
de la vida eterna...
de la vida eterna...

SERMON

PARA EL JUEVES

DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA.

SOBRE LA ORACION.

Miserere mei, Domine fili David.
Señor, Hijo de David, tened misericordia de mí.

MATTH. 15. v. 22.

De este modo gime una alma movida de sus miserias que recurre al Médico soberano en cuya misericordia solamente espera hallar su remedio. De este modo oraba antiguamente una mujer cananea, que queria alcanzar del Hijo de David la salud para su hija. Persuadida de su poder y esperándolo todo de su misericordia para con los infelices, no conoce medio mas seguro de ganarle que los clamores de su dolor y la sencilla relacion de su infortunio. Este es el modelo de oracion que hoy nos propone la Igle-

sia para animarnos y enseñarnos á orar. Esto es, para hacernos mas amable y familiar esta obligacion, la mas esencial de la piedad cristiana.

Porque católicos, orar es la primera condicion del hombre, y por hablar en frase del Espíritu Santo, es todo el hombre.

Sí, católicos, el mundo entero, en medio del que vivimos, no es mas que una continuada tentacion. Si todos los estados en que nos hallamos y todos los objetos que nos rodean parece que se unen con nuestra corrupcion, ó para debilitarnos ó para engañarnos; si las riquezas nos corrompen, la necesidad nos inquieta, la prosperidad nos ensoberbece, la afliccion nos abate, los negocios nos disipan, el descanso nos entorpece, las ciencias nos hinchan, la ignorancia nos extravía, las concurrencias nos distraen, la soledad nos cansa, los placeres nos engañan, las obras santas nos llenan de propia estimacion, la salud aviva las pasiones, la enfermedad engendra tibieza ó murmuraciones; en una palabra, si despues que cayó la naturaleza, todo cuanto nos rodea nos sirve de nuevo peligro; en un estado tan deplorable, ¡oh Dios mio! ¿qué esperanza de salvacion puede quedar al hombre, sino el dirigir continuamente hácia el trono de vuestra misericordia sus gemidos, para que vos mismo os digneis de venir á socorrerle, á poner freno á sus indómitas pasiones, á aclarar sus errores, sostener su flaqueza, suavizar sus tentaciones, abreviar las horas del combate y levantarle de sus caidas?

Luego el cristiano es un hombre de oracion; su origen, su estado, su naturaleza, sus necesidades, su mansion, todo le avisa de que debe orar. La misma Iglesia, con la que le incorporó la gracia de la regeneracion, es extranjerá acá en la tierra y siempre está gimiendo y llorando. No

conoce á sus hijos sino por los suspiros que continuamente envían hácia su patria, y el cristiano que no ora, él mismo se separa de la congregacion de los santos y es peor que un infiel.

¿De qué proviene, pues, católicos, que una obligacion tan esencial y aun de tanto consuelo para el hombre, se halla hoy tan despreciada? ¿de qué proviene que se mira como una obligacion triste y molesta, ó como ocupacion que solamente pertenece á las almas retradas, de modo que los que nos oyen apenas hacen caso de nuestras instrucciones acerca de la oracion, persuadiéndose á que éstas son mas propias para los claustros que para la corte?

¿De qué proviene este abuso, católicos, y este universal olvido de la oracion en el mundo? Proviene de dos pretextos que pretendo hoy impugnar: primeramente dicen algunos, que no oran porque no saben orar, y porque en esto pierden el tiempo: en segundo lugar dicen otros, que no oran, quejándose de que no hallan en la oracion mas que distracciones del espíritu, que se la hace insípida é insufrible. El primer pretexto le deducen de la ignorancia en que se hallan del modo con que se debe orar; el segundo de los disgustos y dificultades de la oracion; y así primeramente es preciso enseñaros á orar, pues no lo sabeis; en segundo lugar, facilitaros el uso de la oracion, pues hallais en ella tanta dificultad y trabajo. Imploramos, etc. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Los preceptos que yo os intimo, decia el Señor en otro tiempo á su pueblo, no exceden vuestras fuerzas ni la capacidad de vuestro espíritu. No son unos secretos escon-

didados en el cielo, de modo que podais decir: ¿Quién podrá llevarnos allá para descubrirlos y comprenderlos? Ni tampoco son una ciencia que se halla de la otra parte de los mares para que podais decirme: ¿Cómo los hemos de atravesar para instruirnos en ella? Son unas obligaciones proporcionadas á vuestras fuerzas y que están cerca de vosotros, que las podeis cumplir con vuestra boca y con vuestro corazón, de modo que no teneis excusa que alegarme si dejais de observarlas: *Sed juxta te est sermo, in ore tuo, et in corde tuo, ut facias illum.*¹

Lo mismo que dice el Señor hablando en general de todos los preceptos de su santa ley, esto es, que no es menester ir á buscar su ciencia fuera de nosotros y que podemos cumplirlos todos con nuestra boca y con nuestro corazón, se puede con mas particularidad decir del precepto de la oracion que es como el primero y mas necesario de todos.

No obstante, regularmente opone el mundo á este precepto, que no sabemos qué decir á Dios cuando vamos á la oracion, y que ésta es un secreto del que hasta ahora nada hemos podido conocer. Digo pues, que este pretexto tiene su raíz en tres injustas disposiciones. La primera, en que nos engañamos en la idea que formamos de la oracion. La segunda, en que no conocemos suficientemente nuestras miserias y necesidades. La tercera, en que no amamos á nuestro Dios.

Digo primeramente, que nos engañamos en la idea que formamos de la oracion. A la verdad, católicos, la oracion no es un esfuerzo extraordinario del alma, una coordinacion de ideas y una penetracion profunda de los mis-

¹ Deuter. 30. v. 14.

terios y de los consejos de Dios; es un simple movimiento del corazón, un gemido del alma vivamente movida á vista de sus miserias, un sentimiento vivo y oculto de nuestras necesidades y de nuestra flaqueza, y una humilde confianza con que nos ofrecemos al Señor para alcanzar la libertad y el remedio. La oracion no supone en el alma que ora, ni grandes luces, ni conocimientos raros, ni un entendimiento mas sublime y mas cultivado que el de los demás hombres; solamente supone mas fe, mas compuncion, mas deseo de librarse de sus tentaciones y miserias. La oracion no es un secreto ó una ciencia que se aprende de los hombres, un arte y un método desconocido acerca del cual se necesite consultar maestros hábiles para saber las reglas y los preceptos. Los medios y las máximas que en nuestros dias han querido darnos sobre este asunto, son unos caminos singulares, que no deben proponerse por modelos, unas vanas especulaciones de entendimientos ociosos, ó un fanatismo que guia á todos los desórdenes, y que lejos de edificar á la Iglesia, merece sus censuras, y ha dado á los impíos motivo para burlarse de ella, y al mundo nuevos pretextos de desprecio y de disgusto de la oracion. La oracion es una obligacion acerca de la cual todos nacemos instruidos; las reglas de esta ciencia divina solamente están escritas en nuestros corazones, y el espíritu de Dios es el único maestro que las enseña.

Una alma sencilla é inocente que está penetrada de la grandeza de Dios, acobardada con el terror de sus juicios, movida de sus infinitas misericordias, que no hace mas que humillarse en su presencia, confesar con la sencillez de su corazón sus bondades y sus maravillas, adorar las órdenes de su providencia para con ella, aceptar en su presencia la cruz y los trabajos que la impone la sabiduría de sus

consejos, que no conoce oracion mas sublime que el contemplar en la presencia de Dios la corrupcion de su corazon, gemir por su dureza y su oposicion á lo bueno, pedirle con una fe viva que la convierta, que destruya en ella aquel hombre de pecado, que á pesar de sus mas firmes resoluciones la hace cometer todos los dias tantas faltas en los caminos de Dios; esta alma se halla infinitamente mas instruida en la ciencia de la oracion que los mismos maestros y doctores, y puede decir con el profeta: *Super omnes docentes me intellexi*.¹ Habla con su Dios como un amigo con otro, se aflige de haberle desagradado, se reprende el no tener todavía valor para dejarlo todo por servirle, no se ensalza por lo sublime de sus pensamientos, deja hablar á su corazon, se entrega á todos los excesos de su amor en presencia del objeto que únicamente ama: al mismo tiempo que se distrae su espíritu, vela su corazon y habla por ella; aun sus mismos disgustos la sirven de oracion por los deseos que entonces se forman en su interior; se entenece, suspira, no puede sufrirse á sí misma, siente el peso de sus cadenas, se anima como para salir de ellas y romperlas, renueva mil veces sus protestas de fidelidad, se avergüenza y se confunde de estar siempre prometiendo y hallarse siempre infiel, y este es todo el secreto y toda la ciencia de su oracion; y en todo esto ¿qué cosa hay de que no sea capaz una alma fiel?

¿Quién enseñó á orar á nuestra pobre mujer cananea? Una extranjera, una hija de Tiro y de Sidon que ignoraba las maravillas de la ley y los oráculos de los profetas, que aun no habia oido de la boca del Señor las palabras de vida eterna, que todavía estaba sentada en las tinieblas de la

¹ Psalm. 118. v. 99.

ignorancia y de la muerte; con todo eso ora, no busca á los apóstoles para aprender de ellos las reglas de la oracion, su amor, su confianza; el deseo de ser oida la enseñan á orar, y todo el mérito y excelencia de su oracion consiste en la ternura de sus afectos.

Y á la verdad, señores, que si para orar fuera preciso levantarse á aquel estado de oracion á que Dios eleva á algunas almas santas, si fuera menester ser arrebatado como San Pablo hasta el tercer cielo, para oír allí los inefables secretos que Dios no descubre al hombre y que no es permitido al mismo hombre revelar, ó ser colocado como Moisés en la montaña santa sobre una nube de gloria, y ver á Dios cara á cara; esto es, si fuera menester haber llegado á aquel grado de union íntima con el Señor, en que el alma, como si estuviera ya despojada de su cuerpo, se levanta hasta el seno del mismo Dios, contempla despacio sus infinitas perfecciones, se olvida, por decirlo así, de sus miembros, que deja en la tierra, no la inquietan ni divierten las fantasmas de las sentidos, está fija y como absorta en la contemplacion de las maravillas y de las grandezas de Dios, y participando ya de su eternidad, la parecería un siglo entero pasado en este feliz estado un breve y rápido instante; si para orar, vuelvo á decir, fuera preciso estar favorecidos de estos dones raros y excelentes del Espíritu Santo, nos podríais decir como aquellos nuevos fieles de quienes habla San Pablo, que no los habeis recibido, y que aun ignorais qué espíritu es el que los comunica.

Pero la oracion no es don particular reservado á ciertas almas privilegiadas. Es una obligacion comun impuesta á todos los fieles; no es solamente una virtud de perfeccion reservada para ciertas almas mas puras y mas santas, sino una virtud indispensable, como la caridad, tan necesaria á

los perfectos como á los imperfectos, tan perceptible á los sábios como á los ignorantes, mandada tanto á los sencillos como á los mas ilustrados; es la virtud de todos los hombres, la ciencia de todos los fieles y la perfeccion de todas las criaturas; todas las que tienen corazon capaz de amar al Autor de su ser, todas las que tienen razon capaz de conocer la nada de la criatura y la grandeza de Dios, deben saber adorarle, darle graçias, recurrir á él, aplacarle cuando está irritado; llamarle cuando se aleja, mostrarse agradecidas cuando las favorece, humillarse cuando las castiga y exponerle sus necesidades ó pedirle graçias.

Por eso cuando los discípulos pidieron á Jesucristo que los enseñase á orar: *Doce nos orare*,¹ no los descubre lo alto, lo sublime y profundo de los misterios de Dios; solamente los enseña que para orar es preciso mirar á Dios como á un padre amoroso y benéfico, tratarle con una familiaridad respetuosa, con una confianza mezclada de amor y de temor, hablarle el idioma de nuestras flaquezas y de nuestras miserias, no buscar mas expresiones que las de nuestro corazon, no querer subirnos hasta él, sino traerle á nosotros, exponerle nuestras necesidades, implorar su amparo, desear que todos los hombres le adoren y bendigan, que establezca su reino en todos los corazones, que el cielo y la tierra estén sujetos á su voluntad santa, que vuelvan los pecadores á los caminos de la justicia, que los infieles lleguen al conocimiento de la verdad, que nos perdone nuestras ofensas, que nos defienda en las tentaciones, que alargue la mano á nuestra flaqueza y nos libre de nuestras miserias. En esta divina oracion todo es sencillo, pero todo es grande, todo llama al hombre á sí mismo, y para imitar-

¹ Luc. II. v. 1. *habéis el como la credid.*

la no hay mas que hacer que conocer nuestras flaquezas y desear librarnos de ellas.

Por eso dije que la injusticia de la segunda disposicion, de donde nacia el pretexto fundado en que no sabemos orar, consiste en no conocer suficientemente las infinitas necesidades de nuestra alma; porque decidme, católicos, ¿hay necesidad de enseñar á un enfermo á que pida su salud á un hombre que padece hambre á que solicite el alimento, á un desgraciado combatido de la tempestad y á pique de naufragar, á que implore el socorro? ¡Ah! ¿no ofrece entonces expresiones por sí sola la necesidad? ¿no se hallan solamente en el dolor de los males que se padecen aquella viva elocuencia, aquellos movimientos persuasivos, aquellas demostraciones expresivas con que se solicita el remedio? ¿un corazon que padece necesita de maestro que le enseñe para saber cómo ha de quejarse? Todo habla en él, todo explica su dolor, todo anuncia su pena, todo solicita su alivio; aun su mismo silencio es elocuente.

Decidme los que os quejais de que no sabeis lo que habeis de hacer para orar; en vuestras aficciones temporales, cuando una enfermedad peligrosa amenaza á vuestra vida, cuando un acaecimiento no esperado pone en peligro vuestros bienes y vuestra fortuna, cuando veis que la muerte está para quitaros una persona, ó querida ó necesaria; entonces levantais las manos al cielo, envíais á él vuestros gemidos y oraciones, os encomendais al Dios que hiere y sana; entonces sabeis orar, no vais á buscar fuera de vuestro corazon lecciones y reglas para aprender á exponerle vuestra pena, ni á consultar maestros hábiles que os enseñen lo que habeis de decir; no necesitais mas que de vuestro dolor, y vuestros males solos bastan para instruiros.

¡Ah, católicos! si sintiéramos las miserias de nuestra al-